

16. También pensava yo esta comparación: que puesto que sea todo uno lo que se da a los que más adelante van que en el principio, es como un manjar que comen dél muchas personas, y las que comen porquito quédales sólo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer y tan cumplido de este manjar de vida que ya no coman cosa que les sepa bien sino él; porque ve el provecho que le hace y tiene ya tan hecho el gusto a esta suavidad, que querría más no vivir que haver de comer otras cosas que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó.

También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios. Y, en fin, todo está en lo que Su Majestad quiere y a quien quiere darlo; mas mucho va en determinarse a quien va comiensa a recibir esta merced en desasirse de todo y tenerla en lo que es razón.

17. También me parece que anda Su Majestad a provar quién le quiere, si no uno, si no otro, descubriendo quién es, con deleite tan soberano por avivar la fe—si está muerta—de lo que nos ha de dar, diciendo: Mirad, que

esto es una gota de el mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que le reciben, así da y se da; quiere a quien le quiere y ¡qué bien querido y qué buen amigo!

¡Oh, Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar a entender qué dais a los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan a este estado y se quedan consigo mismos! No queréis Vos esto, Señor, pues más que esto hacéis Vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás.

18. Torno a suplicar a vuestra merced, que estas cosas que he escrito de oración, si las tratase con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, u se han quedado en el medio, no podrán así atinar<sup>8</sup>; y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y pareciese que así podrán los otros aprovechar allí y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo. Y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan que como tienen lo uno pueden hacer lo otro, y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho; así que en todo es menester experiencia y discreción. El Señor nos la dé por su bondad.

### CAPITULO 23

EN QUE TORNA A TRATAR DEL DISCURSO DE SU VIDA Y CÓMO COMENZÓ A TRATAR DE MÁS PERFECCIÓN Y POR QUÉ MEDIOS. ES PROVECHOSO PARA LAS PERSONAS QUE TRATAN DE GOVERNAR ALMAS QUE TIENEN ORACIÓN SABER CÓMO SE HAN DE HAVER EN LOS PRINCIPIOS, Y EL PROVECHO QUE LE HIZO SABERLA LLEVAR

1. Quiero ahora tornar adonde dejé de mi vida<sup>1</sup>—que me he detenido creo más de lo que me había de detener—porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo

yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado que me libró de mí.

2. Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseava—a lo que pareció—que yo las quisiese recibir.

Comenzó Su Majestad a darme muy ordinario oración de quietud, y muchas

veces de unión, que durava mucho rato. Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer. Como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo escusar, puesto<sup>2</sup> que vía en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y vía que quedava de allí muy mejorada y con más fortaleza; mas en destrayéndome un poco, tornava a temer y a pensar si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oración mental y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mí mayor pérdida, como no lo entendía.

3. Mas como Su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese ya y conociese lo mucho que le devía, creció de suerte este miedo que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo—sin conocer a ninguno—era muy aficionada de sólo saber el modo que llevaban de vida y oración; mas no me hallava digna de hablarlos, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer, porque tratar con ellos y ser la que era, hacíase cosa recia.

4. En esto anduve algún tiempo hasta que ya con mucha batería que pasé en mí y temores me determiné a tratar con una persona espiritual para preguntarle qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender a Dios; porque la falta—como he dicho—que vía en mí de fortaleza me hacía estar tan tímida.

¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena me apartava de el bien! En esto deve poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo; sabe él que está todo el medio de un

alma en tratar con amigos de Dios, y así no había término para que yo a esto me determinase. Aguardava a enmendarme primero—como cuando dejé la oración—y por ventura nunca lo hiciera, porque estava ya tan caída en cosillas de mala costumbre que no acabava de entender eran malas, que era menester ayuda de otros y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor que, en fin, la suya fue la primera.

5. Como yo vi iva tan adelante mi temor, porque crecía la oración, parecióme que en esto había algún gran bien u grandísimo mal; porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir; tenerlo cuando yo quería era escusado.

Pensé en mí que no tenía remedio si no procurava tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque, siendo espíritu de Dios, clara estava la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento a el Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto y suplicando siempre a Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección a solas, por algunas afeciones que tenía a cosas que, aunque de suyo no eran muy malas, bastavan para estragarlo todo.

6. Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar<sup>3</sup>, que comenzava el Señor a dar a entender a la gente su bondad y buena vida. Yo procuré por medio de una cavallero santo que hay en este lugar<sup>4</sup>. Es casado, mas de vida tan enjemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección; y con mucha razón, porque grande bien ha venido a muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar; mucho entendimiento y muy apacible para todos; su

<sup>2</sup> Puesto, ahora diríamos *aunque*.

<sup>3</sup> El Maestro Gaspar Daza.

<sup>4</sup> Francisco de Salcedo. Las cláusulas siguientes hasta el núm. 8 han sido consideradas como un enorme paréntesis. El verbo *procuré*, en sentido intransitivo, cierra aquí debidamente.

<sup>8</sup> Como adverbio la Santa escribe siempre *ansi*; aquí podría ser reflexivo, menos claro, y equivale a: advertir, dirigirse a sí mismo hacia un fin; parece un olvido.

<sup>1</sup> Capítulo 9.

conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande a los que trata; todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traí otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre y contentar a todos.

7. Pues este bendito y santo hombre con su industria me parece fue principio para que mi alma se salvase. Su humildad a mí espántame, que con haver—a lo que creo—poco menos de cuarenta años que tiene oración, no sé si son dos u tres menos, y lleva toda la vida de perfección que, a lo que parece, sufre su estado; porque tiene una mujer<sup>5</sup> tan gran sierva de Dios y de tanta caridad que por ella no se pierde; en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan gran siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos. Y también con otro harto siervo de Dios, que estava casado con una prima mía, tenía mucha comunicación<sup>6</sup>.

8. Por esta vía procuré viniese a hablarme este clérigo, que digo, tan siervo de Dios que era muy su amigo, con quien pensé confesarme y tener por maestro. Pues trayéndole para que me hablase—y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo—dile parte de mi alma y oración, que confesarme no quiso; dijo que era muy ocupado, y era ansí.

Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte, que de razón había de estar según la oración vio que tenía, para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo, como vi su determinación tan de presto en cosillas que, como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligíme; y como vi que tomava las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo vía que había menester mucho más cuidado.

9. En fin, entendí<sup>7</sup> no eran por los medios que él me dava por donde yo me había de remediar, porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estava adelante, estava muy en los principios en las virtu-

des y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma; porque de la afición que me dava de ver cómo yo no hacía—ni me parece podía—lo que él me decía, bastava para perder la esperanza y dejarlo todo.

Algunas veces me maravillo que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar a llegar almas a Dios, cómo no fue servido entendiéndose la mía, ni se quisiese encargar de ella; y veo fue todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

10. De esta vez quedé concertada con este caballero santo para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vio su gran humildad, querer tratar con persona tan ruin como yo. Comenzóme a visitar y a animarme y decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había él estado algunos años que no las había podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estás y a los que se llegan a quien la tienen! Declame este santo (que a mí parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que a él le parecían que lo eran con su humildad, para mi remedio; y mirado conforme a su estado no era falta ni imperfección, y conforme a él mío era grandísima tenerlas.

Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, y importan tanto para comenzar a aprovechar un alma y sacarla a volar—que aun no tiene plumas, como dicen—que no lo creerá nadie sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios vuestra merced ha de aprovechar muchas, lo digo aquí, que fue toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendava. Iva con discreción poco a poco dando maneras para vencer el demonio. Yo le comencé a tener tan grande amor que no había para mí mayor descanso que el día que le vía, aunque eran pocos. Cuando tardava, luego me fatigava mu-

cho, pareciéndome que por ser tan ruin no me vía.

11. Como él fue entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estava), y como le dije las mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran ya de personas que estavan muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho, porque le parecía mal espíritu en algunas cosas—aunque no se determinava—, mas que pensase todo lo que entendía de mi oración y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, ha poco me lo dio Dios.

12. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía fue grande mi afición y lágrimas; porque cierto, yo deseava contentar a Dios, y no me podía persuadir a que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender.

Mirando libros para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que llaman «Subida del Monte»<sup>8</sup>, en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada, que esto era lo que yo más decía: que no podía pensar nada cuando tenía aquella oración, y señalélo con unas rayas las partes que eran, y dile el libro para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen y me dijesen lo que había de hacer, y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años casi que había que la tenía no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener; aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había provado cuál estava mi alma sin oración.

13. Ansí que todo lo vía trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquier parte que vaya de él teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande éste, y de éstos he pasado muchos, como diré ade-

lante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de provar el espíritu.

Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal diciéndoles muy claro es demonio, sino mirarlo muy bien y apartarlas de los peligros que puede haver, y avisarlas en secreto pongan mucho y le tengan ellos, que conviene.

Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo no le tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos y otros, por bien me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas—pues no son para todos—, y parecía las publicava yo. Creo sin culpa suya lo ha primitido el Señor para que yo padeciese. No digo que decían lo que tratava con ellos en confesión; mas, como eran personas a quien yo dava cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame a mí havían de callar; con todo, nunca osava callar cosa a personas semejantes.

Pues digo que se avise con mucha discreción, animándolas y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho a mí; que si no, grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa. Con el gran mal de corazón que tenía espántome cómo no me hizo mucho mal.

14. Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida y pecados lo mejor que pude por junto (que no confesión, por ser seglar, mas bien di a entender cuán ruin era), los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenía.

Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí y díjome que a todo su parecer de entrambos era demonio; que lo que convenía era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase diciendo tenía necesidad, venía; y que le diese cuenta de toda mi vida

<sup>5</sup> Doña Mencía del Aguila.

<sup>7</sup> Por *entendí*.

<sup>6</sup> Parece ser Alonso Alvarez Dávila, casado con D.<sup>a</sup> Mencía de Salazar, llamado «el Santo», padre de María de San Jerónimo.

<sup>8</sup> *Subida del Monte Sión*, de fray Bernardino de Laredo (v. T. y V. n. 429).

